

Robert M. Solow
El mercado de trabajo como
institución social

Madrid, Alianza, 1992

OSCAR DE JUAN ASENJO
Universidad de Castilla-La Mancha

En 1989, Robert M. Solow, Premio Nobel de Economía, fue invitado por la Universidad de California en Berkeley a impartir el ciclo de "Conferencias Royer" sobre el mercado de trabajo. Estas conferencias, debidamente revisadas y apuntaladas con un par de apéndices, fueron publicadas en 1991 por Basil Blackwell, Inc. y en 1992 por Alianza Editorial.

El libro del profesor Solow me ha sorprendido gratamente por diferentes motivos. Sorprende, en primer lugar, por el tema escogido, algo distante de aquellos modelos de crecimiento que le dieron renombre internacional. De todas maneras, según confesión personal del autor, el problema del desempleo siempre estuvo presente en su agenda de investigación. Sorprende, en segundo lugar, por la manera de abordar el tema: por ese tono sencillo y desenfadado que de ninguna manera va en detrimento de la profundidad y el rigor. La inmadurez de la ciencia económica se deja ver en la asociación que buena parte de la profesión establece entre el rigor científico y el formalismo. Por el contrario, una muestra de la madurez intelectual de Solow, brillantemente ilustrada en este libro, es su convencimiento de que lo primero y definitivo son las hipótesis y teorías con las que se explican los hechos económicos relevantes. Las matemáticas y econometría serían meros lenguajes o técnicas auxiliares que en ninguna manera pueden suplir un vacío teórico. Otra muestra de su madurez es la importancia que el autor otorga al *sentido común* en el momento de formular sus hipótesis de trabajo y lo comedido que es en el momento de extraer conclusiones teóricas o hacer recomendaciones de política económica. Podemos, pues, congratularnos de que un economista de la talla de Solow haya decidido enfrentarse con un tema tan importante y actual como el del desempleo, y que lo haya hecho de una manera tan simple, amena, sensata y profunda.

El libro se inscribe claramente en la tradición neokeynesiana que en la última década se ha aproximado al mercado de trabajo a través de conceptos como el *salario de eficiencia* o el de *trabajadores internos y externos*. El blanco de sus críticas lo constituye la doctrina transmitida en los libros de texto, ya se fundamente en el modelo walrasiano del equilibrio general o en la tesis aceleracionista (NAIRU), defendida por la síntesis neoclásica-keynesiana dominante en la macroeconomía contemporánea. El autor, siempre muy comedido, matiza que en ningún momento trata de socavar las bases del paradigma neoclásico. Su objetivo es precisamente el contrario: hacer más fecundo este paradigma acercándolo a los hechos.

1. RESUMEN

El economista tiende a considerar el trabajo como un “bien económico”. Solow acepta el planteamiento con tal que se reconozca a renglón seguido que se trata de un bien muy peculiar: “Los salarios y los puestos de trabajo no son exactamente iguales que otros precios y cantidades. Son elementos mucho más profundamente ligados a la idea que las personas tienen de ellas mismas, de su posición social y del lugar que les corresponde en la sociedad” (págs. 39, 40).

Estas peculiaridades del *bien trabajo* no pueden menos de reflejarse en el funcionamiento del *mercado de trabajo*. Cometeríamos, pues, un craso error al tratarlo con el mismo rasero con el que se analiza la venta del pescado en la lonja, donde lo único que importa es el vaciamiento del mercado al precio que determinen conjuntamente la oferta y la demanda. En el mercado laboral hasta el concepto de equilibrio es diferente. La situación normal -la que contemplamos en las economías capitalistas avanzadas- es la existencia de un desempleo masivo y permanente al salario vigente. Y esta situación puede considerarse de equilibrio en la medida que ninguno de los agentes en juego -empresarios, trabajadores ocupados y trabajadores en paro- está interesado en modificar su conducta

Llegamos al nudo gordiano de la cuestión, a la pregunta recurrente de la macroeconomía contemporánea. ¿Por qué los parados no se precipitan sobre las empresas ofreciendo sus servicios a un salario inferior al vigente en el mercado? ¿Por qué los empresarios no se aprovechan de esta circunstancia o la provocan saliendo en busca de los desocupados? La última pregunta ya había encontrado una respuesta, más o menos satisfactoria, por los nekeynesianos (en particular, por la hipótesis de Akerlof y Yellen sobre el *salario de eficiencia*). Esta hipótesis se funda en la observación de que niveles altos de salarios suelen incidir positivamente sobre la productividad laboral y los beneficios empresariales. Resulta plenamente racional, por tanto, que los empresarios estén dispuestos a mantener su plantilla y nominas por más que pudieran conseguir una nueva plantilla a un salario inferior.

Solow completa y matiza las tradicionales hipótesis nekeynesianas, si bien su interés se dirige a la primera cuestión, esto es, a demostrar que tampoco los trabajadores están interesados en una competencia despiadada (*hobbessiana*, le llama él) por los puestos de trabajo. Es aquí donde se aprecia la importancia de los elementos institucionales a los que nos referíamos antes. Los individuos tienen cierta idea del *salario justo* para cada puesto y ello hace que ningún ingeniero superior en paro ofrezca sus servicios al salario de un técnico medio, o que éste último se conforme con el precio de un aprendiz. Y lo que es más importante desde el punto de vista teórico: este comportamiento es plenamente racional, en el sentido de que maximiza los ingresos de los trabajadores a largo plazo.

Solow recurre al conocido *dilema del prisionero* para demostrar esta conclusión. Como es sabido, el dilema del prisionero conduce a un óptimo de segundo orden en la que cada individuo escoge la estrategia que le beneficia más bajo es supuesto de que el rival nunca actuará lealmente. Pero la propia teoría de juegos nos enseña también que, si el experimento se repite *ad infinitum* con una estrategia de castigo adecuada, los agentes económicos se percatarán que lo mejor para todos es actuar lealmente y acabarán cooperando. Esto es precisamente lo que ocurriría en el mercado de trabajo. Supongamos, por seguir a Solow, que los trabajadores tienen un salario de reserva equivalente al subsidio de desempleo y que de ninguna manera aceptarían trabajar por un salario inferior. Supongamos, también, que

cuando los parados ofrecen su trabajo a un salario superior al de reserva pero inferior al de mercado se desencadena una competencia hobbesiana que llevaría a que todos los salarios bajaran al nivel del de reserva. Así las cosas, el trabajador en paro debe ponderar qué estrategia le resulta preferible: (1) ofrecerse a un salario algo inferior al de mercado que a corto plazo mejorará el nivel de sus ingresos pero que pronto y para siempre le llevarían a percibir el estricto salario de reserva; (2) mantenerse en el paro cobrando el subsidio de desempleo hasta obtener un puesto de trabajo con una remuneración bastante superior. La decisión final dependerá, entre otras cosas, de la tasa de descuento aplicada sobre los ingresos futuros, pero lo normal es que los trabajadores prefieran la segunda estrategia. A la vista de los resultados de los mercados de trabajo actuales, ésta parece ser la estrategia escogida.

Llegamos de este modo a la conclusión que le interesaba resaltar al autor: existencia de equilibrio a un salario que no vacía el mercado laboral. De hecho, matiza Solow, no hay un punto de equilibrio sino un conjunto o intervalo de salarios, a cada uno de los cuales le corresponde una tasa de desempleo más o menos alta. El que un país se sitúe en uno u otro punto del intervalo debe considerarse un accidente histórico y de ahí que países similares puedan mantener la misma tasa de inflación con diferentes niveles de desempleo. A diferencia de lo que sugieren la hipótesis de Friedman sobre la "tasa natural de desempleo" o la "tesis aceleracionista" (NAIRU) de la moderna síntesis macroeconómica, no existe una masa de desempleo crítica cuyo rebasamiento implique tensiones inflacionistas. Mucho menos debe asociarse esta masa con el desempleo voluntario o "pleno empleo" ni atribuirla exclusivamente a factores estructurales (tecnológicos o institucionales).

Así las cosas, la política económica recobra un campo de actuación mucho mayor del que admitiría la nueva economía clásica o la nueva síntesis macroeconómica. "La política económica tiene al menos el derecho de experimentar con la posibilidad de conducir a la economía y al mercado de trabajo a un equilibrio con menos desempleo" (85). Las típicas políticas macroeconómicas expansivas (fiscales o monetarias) pueden servir para este propósito, aunque el riesgo de una mayor tasa de inflación en el periodo transitorio es evidente. Para evitar este riesgo, resulta aconsejable combinarlas con una política de rentas. Muchos economistas se desengañaron con la política de rentas al comprobar la dificultad de mantenerla a lo largo del tiempo. Pero es que, argumenta Solow, "cuando el objetivo es reducir la tasa de desempleo desde la cima hasta el fondo de un intervalo de equilibrio, entonces lo que recomienda el doctor es exactamente una política de rentas provisional" (pág. 87).

Tampoco descarta Solow la conveniencia de reformas estructurales en el funcionamiento del mercado laboral que contribuyan al aumento de la productividad. Entre otras, cita la formación profesional permanente y la participación en beneficios. Con ellas podría conseguirse un objetivo todavía más ambicioso cual es el desplazar el intervalo de puntos de equilibrio, de manera que seamos capaces de combinar tasas de inflación y de desempleo más bajas. Por el contrario, chocaría con los principios defendidos en este libro la pretensión de retornar a la "competencia perfecta" en el mercado de trabajo, entendida como la lucha atomística y despiadada entre los agentes sociales. "La cuestión es si podemos tratar de arreglar las instituciones del mercado de trabajo (...) de modo que puedan proporcionar la seguridad en el empleo y la continuidad de los salarios que la gente

parece desear, sin caer en graves ineficiencias y en particular en la más grave de las ineficiencias: el desempleo persistente” (pág. 91).

2. COMENTARIOS CRÍTICOS

La tesis fundamental defendida por Solow es que la economía puede alcanzar su equilibrio a diferentes niveles de salario, equilibrio que es compatible con un desempleo masivo y permanente. A decir verdad, no se trata de una tesis novedosa. ¿Cuál fue, si no, el *leit motiv* de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* escrita por Keynes en los años treinta? Tampoco se trata de una idea difícil de aceptar para el lego en Economía que está acostumbrado a vivir en esas condiciones de desempleo masivo y permanente. La dificultad estriba en convencer a los economistas académicos. A ellos fue dirigido el discurso de Keynes. Y hemos de congratularnos que un economista académico de primera fila lo vuelva a repetir sesenta años después, hoy que volvemos a estar bajo la égida del equilibrio general walrasiano, calificado de “Pareto eficiente”.

Keynes no convenció a sus contemporáneos, al menos en lo que respecta a la tesis del equilibrio con desempleo. ¿Convencerá Solow a los nuevos economistas clásicos que se reafirman en la idea del vaciamiento automático de los mercados o a los adalides de la nueva síntesis macroeconómica que se centran en la tasa de desempleo no aceleradora de la inflación? La prudencia con la que el autor presenta sus argumentos y la advertencia de que no trata de desbancar el modelo tradicional sino de hacerlo más realista, ha sido sin duda un acierto metodológico. El peligro está en que si uno parte de las principios neoclásicos y acepta las piezas centrales de su teoría, resulta difícil sustraerse a sus conclusiones principales, entre las que se encuentran el equilibrio de pleno empleo. Retomemos, por ejemplo, el dilema del prisionero que se les plantea a los trabajadores en paro. De la exposición de Solow parece desprenderse que para desencadenar una competencia hobbesiana que nos llevaría al salario de reserva correspondiente a un desempleo involuntario nulo, basta que unos pocos individuos tomen la decisión de ofrecer sus servicios a un salario inferior al de mercado. Pues bien, aunque para el conjunto de los desempleados fuera preferible conformarse transitoriamente con el subsidio de subsistencia, no podemos descartar que un grupo reducido se lance a la ofensiva con las consecuencias indicadas.

A mi entender, el mayor escollo para liberarse de las conclusiones neoclásicas lo constituye la aceptación de una demanda de trabajo inversamente relacionada con el nivel de salario. De existir una curva con estas características, está claro que para conseguir el pleno empleo bastaría con rebajar suficientemente el salario real. La explicación de por qué los salarios no bajan a este nivel ha costado improbables esfuerzos a los neokeynesianos. Independientemente de que sus argumentos sean aceptados o rechazados, parece que no debieran existir impedimentos para la obtención del equilibrio de pleno empleo a través de una política de rentas adecuada. Esta parece ser la solución propuesta por Solow. Yo dudo de que sea tan fácil. Si, siguiendo a Keynes, uno piensa que el problema del desempleo hunde sus raíces en la insuficiencia crónica de demanda efectiva, la caída del salario tal vez empeore la situación del mercado de trabajo.

A mi entender, lo primero que un economista crítico debería preguntarse es qué hay detrás de esa curva de demanda de trabajo inversamente relacionada con el nivel de salario. La respuesta es clara: rendimientos decrecientes por la sustitu-

ción de factores. La justificación de esta respuesta ya no es tan evidente. Desde el punto de vista empírico hemos de decir que la posibilidad de dicha sustitución factorial choca contra los más elementales principios de la ingeniería: las funciones de producción plenamente maleables sólo aparecen en los libros de texto de Economía. Desde el punto de vista teórico, basta recordar la polémica del capital de los años sesenta donde se demostró que, aunque fuera posible la sustitución factorial, la presencia del capital (esto es, de un factor productivo que es al mismo tiempo un bien producido) impide dibujar una curva de demanda de buen comportamiento (de pendiente negativa). Y si esto no puede hacerse para el capital, tampoco podrá hacerse para el trabajo pues las curvas de demanda de ambos factores están interrelacionadas por el principio de sustitución factorial. Pero no es este el lugar para tratar el tema. Mi compromiso se circunscribía a recensionar el libro del profesor Solow. Espero que haya sabido hacer justicia a la calidad de la obra y despertar el interés por su lectura.

